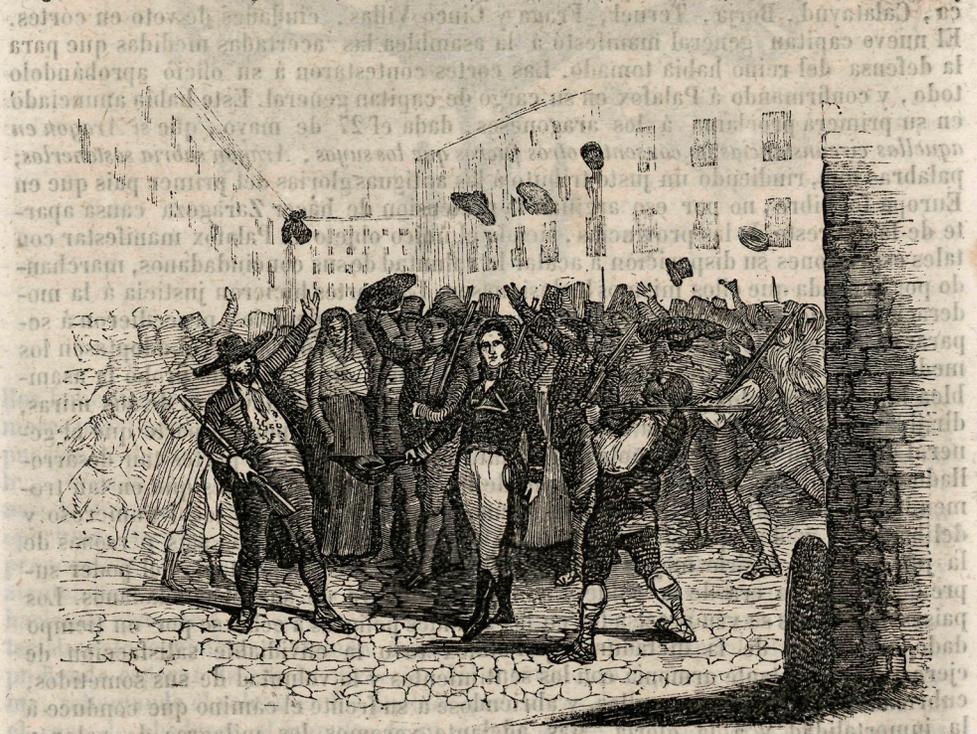


alzamiento de la ciudad heroica, y hallando dispuestos los ánimos á arrostrar la empresa, se presentó al general Guillelmi, procurando sagazmente persuadirle que debía armar al pueblo. El general le hizo saber que tenia órdenes de Murat para arrestarle, por las sospechas que á los franceses infundia su desaparicion de Bayona; oído lo cual por Palafox, resolvió permanecer escondido en la dicha casa de campo, aunque sin dejar sus tratós secretos con el paisanage. Falto este de un gefe á quien pudiera entregar confiadamente la defensa de la ciudad y la consolidacion del movimiento, volvió los ojos á su bizarro compatriota, partiendo Jorge Ihort con su gente á la torre de Alfranca, de donde hicieron salir á Palafox y á Butron en la tarde del 25, conduciéndolos á Zaragoza en un coche escoltado por los labradores armados con sus trabucos y escopetas. Entrada la noche se avistó Palafox con Mori, y tuvo con él y con otros sugetos algunas conferencias, las cuales dieron por resultado la reunion del acuerdo en la mañana del 26, al cual concurrió el capitan general interino. Manifestó Palafox haber salido de Bayona llevado del designio de cooperar en Aragon al levantamiento contra las tropas francesas, obedeciendo las insinuaciones que al efecto se le habian hecho en la oprimida corte del jóven monarca; y refiriéndose despues á los deseos del pueblo que ansiaba nombrarle su caudillo, rogó se le libertase de un cargo que otros podrian desempeñar con mas acierto, dejándole á él la sola satisfaccion de sacrificar su vida y sus intereses en obsequio de la patria. La respuesta del acuerdo fue el silencio; pero interrumpido este por los entusiastas gritos del paisanage que esperaba impaciente en la calle el resultado de aquella sesion, y temiéndose un nuevo tumulto sinó se accedia á su anhelo, cedió Mori una autoridad que no le era posible sostener. Quedó, pues, Palafox reconocido como suprema autoridad de la provincia, siendo acompañado á su casa por el paisanage con delirantes gritos de entusiasmo. La ambicion de su elegido era santa y

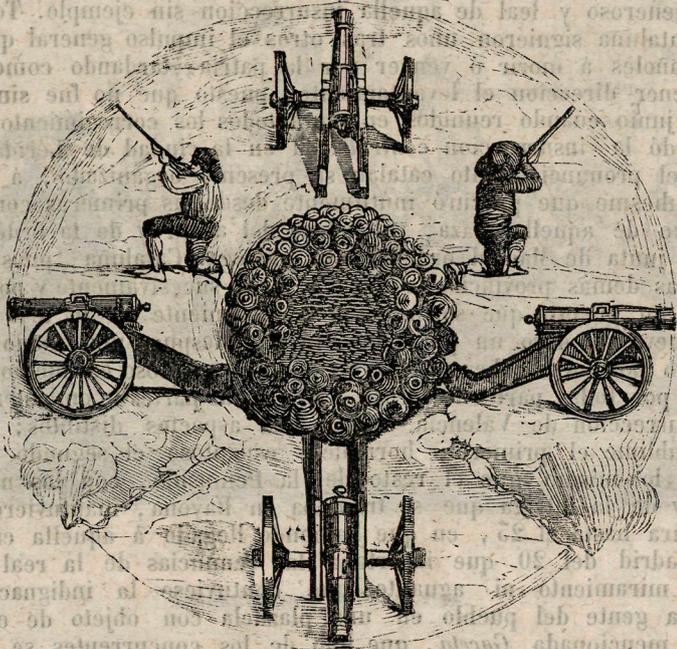


PALAFOX, GENERAL DE ARAGON.

el jóven caudillo supo corresponder dignamente á la confianza con que sus compatriotas le honraron. Nombrado por inspiracion, según la espresion de un escritor francés, ó por instinto, como diríamos nosotros, justificó el adajo que dice: *vox populi, vox Dei*. Sus conocimientos militares eran en verdad poca cosa, y menos todavía su práctica en los negocios públicos; pero dotado de una alma tan elevada como dócil á las insinuaciones de la experiencia y del saber ageno, supo rodearse hábilmente de hombres que supliesen con la sabiduría de sus consejos el vacío que en él se echaba de ver bajo ciertos puntos de vista. Fueron sus mentores D. Basilio Boggiero, clérigo de las escuelas Pías, D. Lorenzo Calvo de Rozas, y el oficial de artillería D. Ignacio Lopez, de quienes tendremos ocasion de hablar en el discurso de nuestra narracion. El virtuoso y célebre Joveillanos, cuya prision acababa de ser abierta con motivo de la exaltacion de Fernando VII, llegó á Zaragoza el 27 de mayo viniendo de Mallorca; y apreciando Palafox como debia sus talentos y virtudes, le instó para hacerle quedar á su lado y tener en él un digno consejero que compartiese con los demas la noble y afanosa tarea de arbitrar en la capital aragonesa los medios y recursos mas á propósito para la defensa del pais; pero el ex-ministro anhelaba restituirse á su tierra natal, y esta tenia indudablemente mas derecho que Aragon á servirse de sus luces y experiencia. Joveillanos permaneció en Zaragoza un solo dia, saliendo el 27, despues de haber tenido el honor de ver escoltado su alojamiento en la posada de los reyes por una seccion de escopeteros, á las órdenes del tio Jorge.

Deseoso Palafox de hacer mas solemne el levantamiento de Zaragoza, convocó á cortes el reino de Aragon, reuniéndose en la capital el dia 9 de Junio los diputados de los cuatro brazos, nueve por el estado eclesiástico, siete por el de nobles, nueve por el de hijos-dalgo, y ocho en representacion de Zaragoza, Tarazona, Jaca, Calatayud, Borja, Teruel, Fraga y Cinco Villas, ciudades de voto en cortes. El nuevo capitán general manifestó á la asamblea las acertadas medidas que para la defensa del reino habia tomado. Las cortes contestaron á su oficio aprobándolo todo, y confirmando á Palafox en su cargo de capitán general. Este habia anunciado en su primera proclama á los aragoneses, dada el 27 de mayo, que *si Aragon en aquellas circunstancias no consentia otros fueros que los suyos, Aragon sabia sostenerlos*; palabras que, rindiendo un justo tributo á las antiguas glorias del primer pais que en Europa fué libre, no por eso argüian la pretension de hacer Zaragoza causa aparte de la del resto de las provincias, siendo el único objeto de Palafox manifestar con tales espresiones su disposicion á acatar la voluntad de sus conciudadanos, marchando por la senda que ellos mismos le designasen. Las cortes hicieron justicia á la moderacion del jóven caudillo, y siguiendo ellas el mismo ejemplo, procedieron á separarse, despues de haber nombrado seis personas que en union con él adoptasen los medios mas convenientes para la defensa del reino. De este modo probó la asamblea la patriótica abnegacion de todos sus individuos y la elevacion de sus miras, dirigidas todas al sosten de la causa comun, sin otro interes por su parte que el general de la gran familia española. El instinto del bien, en pocas partes tan desarrollado como en Aragon, hizo conocer desde luego los inconvenientes que en tan tremenda crisis ocasionaria la reunion permanente de un cuerpo local numeroso y deliberante, y de aquí la concentracion de la autoridad en las seis personas de la junta, ó por decirle mejor en su presidente Palafox, depositario del poder supremo, como lo era de la noble y honrosa confianza de sus conciudadanos. Los paises mas libres se ven precisados en los grandes peligros á echarse por un tiempo dado en brazos de la dictadura, y Palafox tuvo la envidiable satisfaccion de ejercerla en constante armonia con los sentimientos y la voluntad de sus sometidos, cubriéndose de laureles con ellos, y abriéndose á su frente el camino que conduce á la inmortalidad y á la gloria. Mas adelante veremos los milagros de valor y heroismo que tuvieron lugar en Zaragoza. Los primeros instantes de su alzamiento fueron imponentes, terribles; pero el pueblo zaragozano supo ostentarse en ellos revestido de toda la plenitud de su soberania sin afrontarla con

el menor esceso. La verdadera fuerza es siempre tolerante y magnánima. Para ser completa y unánime la insurreccion de las provincias situadas á lo largo de la costa Cantábrica y al pie del Pirineo, faltaban solamente Navarra, las tres provincias Vascongadas y la siempre indomable Cataluña; pero nuestros lectores recordarán que San Sebastian y Pamplona se hallaban en poder del enemigo, sucediendo lo mismo con las plazas de Figueras y de Barcelona, siendo por lo mismo imposible, atendidas estas circunstancias, la pronta creacion de un centro comun que sirviese de apoyo y de punto de partida al simultáneo alzamiento de aque-



llos belicosos españoles. La situación escepcional en que se hallaban las cuatro primeras provincias, tres de ellas reducidas en estension, abocadas las cuatro á las puertas de la Francia, y cercadas de enemigos por todas partes, pudo retardar en buen hora la esplosion de la ira con que sus naturales miraban el yugo extranjero, mas no impedir el sacudimiento final cuando para ello se les ofreciese ocasion oportuna. Mientras les llegaba su vez, hubieron de limitarse aquellos valientes á proporcionar en secreto auxilios á la insurreccion de sus hermanos, protejiendo y alentando la desercion de los pocos soldados españoles que existian con ellos, y haciendo conocer á los opresores que no tenian seguro otro terreno que el que materialmente ocupaban. Cataluña tendió una mirada á su capital, Barcelona, y no pudiendo esperar de ella la direccion del movimiento, púsose en accion ella misma, rebentando el volcan en los pueblos que, libres del yugo francés, se hallaron en el caso de obedecer al impulso de su aislado arrojo, sin detenerse en calcular los peligros. Dentro de la misma Barcelona, y á la vista del cañon de Monjuich, desgarraron sus moradores con atrevida mano los carteles fijados en las esquinas, en los cuales se proclamaba la exaltacion de la nueva dinastia. Los albo-

rotos del paisanaje ocurridos con este motivo fueron acallados por los franceses posesionados de la ciudad y de todas sus fortalezas; pero su tiro no alcanzaba á domar el belicoso ardor del resto del Principado. Las ciudades de Tortosa y de Lérida alzaron osadas la frente, poniéndose de acuerdo con el jóven caudillo aragonés, y recibiendo la última de mano de este un gobernador que le dió á petición de su ayuntamiento. Manresa quemó las proclamas y bandos del gobierno de Madrid, y Villafranca de Panades y otros distintos pueblos se aprestaron con igual energía á empuñar las armas. Tarragona se declaró en insurreccion el día 13 de junio. El gorro catalan fue terrible en algunos puntos, presidiendo al desórden y á la venganza contra algunos sugetos que el pueblo creyó desafectos á la causa nacional. Lunares desgraciadamente inseparables de las grandes conmociones políticas; pero que no por eso hicieron desmerecer el carácter generoso y leal de aquella insurreccion sin ejemplo. Todos los pueblos de Cataluña siguieron unos tras otros el impulso general que arrastraba á los españoles á morir ó vencer por la patria, tardando como cosa de un mes en tener direccion el levantamiento, puesto que no fue sino á los postreros de junio cuando reunidos en junta todos los corregimientos del Principado, quedó la insurreccion centralizada en la ciudad de Lérida, la primera donde el pronunciamiento catalan se presentó organizado, á despecho del general Duhesme que procuró inútilmente desde las primeras conmociones hacerse dueño de aquella plaza, valiéndose del ardid y de la órden en que la degradada junta de Madrid ordenaba su entrega. Cataluña, pues, se alzó toda como las demas provincias de España; pero sucesivamente y por grados: Cataluña era un gigante que sorprendido traidoramente en lo mas profundo del sueño, mueve primero un pie y otro pie, y despues una mano y otra mano, alzando por fin la cabeza, y revolviéndose espantoso en medio de los opresores que por todas partes le cercan y por todas partes le embisten.

La insurreccion de Valencia ofreció dos aspectos distintos; grande, heroico y sublime el primero; horrible y espantoso el segundo. Agitados sus naturales, lo mismo que el resto de la Peninsula, con las noticias del 2 de mayo y de la intriga que se tramaba en Bayona, mantuvieron reconcentrada su ira hasta el 23, en que habiendo llegado á aquella ciudad la *Gaceta* de Madrid del 20 que insertaba las renunciias de la real familia, no hubo ya miramiento ni aguante que contuviese la indignacion general. Reunida la gente del pueblo en una plazuela con objeto de oír la lectura de la mencionada *Gaceta*, que uno de los concurrentes se habia encargado de verificar en voz alta, segun costumbre observada en los dias anteriores, permaneció la muchedumbre silenciosa é inmóvil, hasta que llegando al artículo en que se contenian las mencionadas renunciias, no pudo reprimirse el lector, quien rasgando con furia el papel y comunicando su patriótico furor á la concurrencia, hizo á todos prorumpir en gritos de execracion contra el gefe de la Francia y sus satélites, siendo un pobre vendedor de pajuelas el primero que osó pronunciarse al grito de *viva Fernando y mueran los franceses*. Estendido el eco con la velocidad del rayo hasta los últimos ángulos de la poblacion, y amotinándose el pueblo por todas partes, dirigióse este en inmensa bandada á la casa del capitan general, conde de la Conquista, quien habiendo intentado sossegar con estudiados y apacibles discursos la efervescencia de la muchedumbre, no hizo mas que aumentar leña al fuego y acalorar mas y mas los pechos palpitantes de ira. Las razones del capitan general fueron interpretadas como eco de tibieza y desafeccion á la causa pública, y el pueblo necesitaba un caudillo. Demostróles la necesidad de tenerlo un religioso franciscano, el P. Juan Rico, hombre fecundo, fervoroso y enérgico, idolatrado de la multitud por sus prendas, y uno de los pocos capaces de dirigir y regularizar en aquellos primeros instantes un movimiento tan ocasionado á degenerar en la mas espantosa anarquía. Oida por el pue-

blo la arenga en que tan claramente se le demostraba la necesidad de tener un cabeza, fue elegido por tal el arengante mismo, siendo Rico llevado en hombros á la casa de la real audiencia, sin que le sirviesen de excusa sus reflexiones para exonerarse del cargo. Llegada que fué al punto designado



INSURRECCION DE VALENCIA.

aquella procesion singular, avistóse el nuevo caudillo con los magistrados, teniendo con ellos una acalorada sesion, en que la negativa del real acuerdo á condescender con los deseos de la muchedumbre y la porfiada insistencia del P. Rico en llevarlos sin dilacion á debido efecto, acabó por dar la victoria á este último, siendo nombrado general en jefe del ejército que debía formarse, el conde de Cervellon, y adoptándose otras providencias con arreglo á las circunstancias. Visto por el de la Conquista y por el acuerdo lo inútil de su oposicion al levantamiento, y obligados á ceder á despecho suyo, desearon ponerse en buen lugar con el gobierno de Madrid, dándole secretamente noticia de la rebelion, y pidiéndole tropas para sofocarla. Conducta cobarde y menguada, que despertó mas de lo que era menester los recelos del pueblo valenciano, uno de los mas bulliciosos de la provincia, influyendo notablemente en los horrores que sucedieron despues. La muchedumbre lo ignoró todo al pronto y se retiró tranquila á sus casas, pasando sin cuidado la noche, mientras el arzobispo procuraba aprovechar las horas de sosiego llamando al P. Rico, y ofreciéndole una suma cuantiosa si abandonaba la empresa que tan patrióticamente acababa de abrazar. Rechazó el sacerdote las seductoras ofertas del prelado, viéndose precisado á guardarse es-

condido hasta la llegada del día siguiente, en que susurrándose por la ciudad la traicion que se urdia, volvió el pueblo á conmovirse de nuevo. El capitán de Saboya D. Vicente Gonzalez Moreno, tan popular y demócrata entonces, como furibundo absolutista despues, pasó á verse con el P. Rico en la mañana del 24, resultando de su entrevista convenir los dos en el proyecto de enlazar en la causa comun á la tropa y al paisanage, y en el no menos importante de asegurar el levantamiento apoderándose de la ciudadela. Era el plan conducir al pueblo ante la casa del acuerdo pidiendo armas; y como era natural que este contestase que no las habia, por ser realmente así, debia la muchedumbre manifestar desconfianza del dicho, exigiendo para convencerse de la verdad se la dejase registrar la ciudadela, donde se afectaba creer que estaban las armas. Sucedió todo como se esperaba, concediéndose á Rico con otros ocho el permiso de entrar en el fuerte para cerciorarse del hecho; pero entrados que fueron estos, agolpóse el pueblo en su pos, y pasándosele el gobernador con su gente, quedó la ciudadela en poder de los amotinados. Apoderada la insurreccion de un punto tan importante, procedióse el día siguiente á constituir una junta compuesta de sugetos de todas clases y categorías, despues de haberse declarado con toda solemnidad la guerra á los franceses; circunstancia que acompañaba á todos los alzamientos. El pueblo mientras tanto, ocupado en mirar solamente lo patriótico de su empresa, no habia fijado la atencion en los peligros de que se hallaba rodeado, falto como estaba de armas, municiones y pertrechos. El pueblo, como dice un elocuente escritor, no ve nunca sino un solo objeto á la vez, y de aquí la necesidad de dirigirle. Una casualidad inesperada, hizo que se apresase en el Grao una fragata francesa cargada de plomo, la que huyendo de un corsario inglés que la perseguia, é ignorante del cambio de cosas que acababa de ocurrir en Valencia, vino á guarecerse en sus playas, cayendo de este modo en poder de los patriotas insurreccionados. La ciudad de Cartagena, pronunciada dos dias antes que la capital Edetana, suministró á esta y á todos los puntos de la costa cuanto en ellos se necesitaba. El pueblo estaba loco de contento al verse provisto de armas, y habiéndose sus corifeos puesto de acuerdo con el corsario inglés de que hablamos arriba, dirijieron todo su conato á estrechar la naciente armonia entre las dos naciones.

La escena va á cambiar ahora. Aquel alzamiento sublime y no manchado todavía con ningun delito, estaba destinado á ofrecer el aspecto mas horroroso desde el momento en que se rompiesen los límites que separan al pueblo y al populacho, á la milicia y á la soldadesca, á la insurreccion y al motin. El mismo día 24 faltó ya muy poco para que la sangre corriese en Valencia con motivo de los siniestros rumores que habian comenzado á esparcirse, relativos á la traicion meditada en silencio por los desafectos á la causa pública. Empeñado el pueblo en que se abriesen las cartas que el correo debia llevar á Madrid, y no siendo posible hacerle desistir de su empeño, fué la balija conducida á casa del conde de Cervellon, donde empezó el registro con atento cuidado. Uno de los pliegos que salieron allí era duplicado del otro que el acuerdo habia enviado á la córte vituperando el alzamiento, disculpándose de lo que habia pasado y pidiendo tropas contra la naciente revolucion. La muerte de los firmantes era cierta si la plebe llegaba á ver claro lo que el tal papel contenia, y conociéndolo así la hija del conde que estaba presente al escrutinio, hizo pedazos aquel documento espantoso, convirtiéndole en menudos trozos antes que



los amotinados pudiesen leerle. Impávida aquella jóven en medio de la furia que al pronto escitó su atrevida accion en los circunstantes, los impuso con su misma firmeza, no osando la plebe ultrajar á la que de una manera tan decidida osaba cumplir los deberes que la compasion inspira á su sexo. Libre Valencia de una catástrofe, merced á aquel acto instintivo de prevision y de arrojo, no por eso cesó la sospecha, ni se desvanecieron las prevenciones que el pueblo irritado abrigaba. El empeño de la hija del conde en ocultar el papel, decia bastante, aun quando se ignorasen los autores, que habia una trama siniestra. En semejante estado de cosas, y con tal recelo en los ánimos, la menor sujestion de cualquiera malvado bastaba á estraviar á la multitud, armando su mano del puñal asesino. Uno de los vocales de la junta que acababa de constituirse, D. Miguel de Saavedra, baron de Albalat, era mal visto del pueblo desde que en los tumultos ocurridos en Valencia el año 1804, con motivo del intentado restablecimiento de milicias en esta provincia, mandó el tal baron hacer fuego contra la multitud, la cual se oponia tenazmente á aquella innovacion, segun en el tomo primero de la presente obra tenemos referido. Asustado ahora Saavedra al considerarse blanco del antiguo resentimiento, dejó de asistir á las sesiones de la junta, ausentándose de Valencia con el doble objeto de evitar un atropello, y visitar juntamente á una dama de quien estaba enamorado. El pueblo, que sabia en confuso la existencia de un plan dirigido á ahogar su alzamiento, creyó que el baron era uno de los que tramaban la intriga; y no bien dejó la ciudad, quando empezó á correr la voz de que habia ido á Madrid á dar cuenta en persona á Murat de lo que pasaba en Valencia. Deseosa la junta de calmar la irritacion con este motivo producida, ordenó al baron su pronto regreso, obedeciendo él la orden inmediatamente, y saliendo del pueblo de Buñol, donde residia su amada, para restituirse á la capital. Quiso la mala estrella de aquel desgraciado que á